

fuesen á buscar á la colonia provisiones que empezaban á escasear, y á los zapadores ó ingenieros que formaban su vanguardia les envió tambien para que abriesen camino.

Dos dias despues prosiguieron el viaje por una estrecha y difícil senda, en la que los jinetes tenian que llevar á los caballos de la brida.

Al llegar á la cumbre no pudieron ménos de dirigir los ojos en torno suyo, admirando el espectáculo encantador que se ofrecia á su vista.

Aquella llanura cubierta de selvas y de grupos de chozas, surcada por cristalinos arroyos y por anchos y caudalosos rios, media nada ménos que ochenta leguas de longitud y treinta de latitud.

Colon y los suyos penetraron por fin en el Cibao, en la region del oro, en el departamento en que dominaba el terrible Caonabo.

CAPITULO LX.

Donde aparece un indio que no lo es.



Todo cambi6 de aspecto.

Grupos de rocas escarpadas, picos pelados, estériles montañas, árboles pequeños, raquíuticos y sin vegetacion.

Cibao quiere decir en la lengua del país *pedra*; así es que el nombre cumplia lo que ofrecia.

Pero si no se presentaban á la vista de los españoles aquellos árboles verdes, frondosos, aquellas flores de matices tan brillantes, aquellos pájaros cuyo plumaje á los rayos del sol parecian piedras finas, tenian para recrear su vista partículas de oro que relucian entre las arenas de los arroyos que bajaban por la sierra.

Ojeda, que conocia el país por haber estado en él, se adelantó con unos cuantos soldados de la vanguardia; los indios le reconocieron y sobre todo el que le habia contado sus cuitas, el que tanto habia sufrido por causa de Alonso Velez, y todos á porfia se esmeraban en festejar á los soldados llevándoles manjares y pedazos de oro, que con la esperanza de que volvieran, habían recogido en los arroyos, deseando complacer á los españoles, porque hasta ent6nces los indios no sabian que hubiera otra cosa que les agradara más de cuanto habia en su país que el oro.

No fué solo este rico metal lo que encontró Colon en aquella expedicion.

Tambien vió ámbar y lapislàzuli, aunque en cantidades muy pequeñas, y hasta le pareció descubrir una mina de cobre en una especie de cueva, en la que penetró con los más inteligentes que le acompañaban.

No quiso pasar adelante, porque las noticias que tuvo acerca de la actitud de Caonabo no eran nada satisfactorias.

Por otra parte, estaban á bastante distancia de la colonia, podian faltarles víveres, podian necesitar auxilio sus compañeros, y la prudencia aconsejaba que aguardasen allí.

Era indispensable construir una fortaleza en donde pudieran defenderse los españoles cuando, despues de hacer excursiones hácia el centro de aquellas montañas, se viesen perseguidos por los naturales.

No tardaron en descubrir la falda de una colina en la que la vegetacion se asemejaba mucho á la de la vega.

—Este es el mejor sitio, dijo Colon, para acantonarnos. Aquí es preciso construir una fortaleza que resista cualquier ataque de los indios, lo que se conseguirá fácilmente formando un foso en la parte en que el rio no la bañe.

No habia ya duda de que en aquella parte de la isla habia oro en abundancia.

Fermin Cado y algunos otros de los que habian tomado parte en la conjuracion de Bernal Diaz de Pisa acompañaban á Colon.

Estos habian dicho en varias ocasiones que no habia oro en la isla, y cuando el almirante les aseguraba que sí:

—Tendreis mucha razon, exclamaban, pero nosotros somos en esto como Santo Tomás: cuando lo veamos lo creeremos.

—¿Estais seguros ya, dijo Colon á Cado y á sus amigos, de que hay oro en la isla? ¿No lo estais viendo?

—Sí, contestaron, porque era imposible decir lo contrario.

—Pues en recuerdo á vuestras dudas voy á llamar á este

paraje Santo Tomás, y este será el nombre que tendrá la fortaleza que vamos á construir.

Con árboles que los operarios á las órdenes de Colon aserraron y pulimentaron, con las piedras que de aquellas canteras pudieron coger, en quince ó veinte dias levantaron un fuerte, en el que aguardó Colon á que volvieran los emisarios que habia enviado á la colonia con víveres bastantes para poder dejar allí un destacamento, y ver hasta qué punto le convenia internarse en la sierra ó tomar otro rumbo.

La noticia de la llegada de los españoles á las fronteras del territorio de Caonabo no tardó en divulgarse, y como ya se tenia noticia de ellos en todas aquellas comarcas, y todos tenian la mayor curiosidad por verlos, acudieron de todas partes indios á visitarles, ofreciéndoles desde luego frutos del país, pepitas de oro y polvo de este metal.

Todos pedian en cambio abalorio, cascabeles, y los demas objetos que habian visto á sus afortunados compatriotas.

—Si quereis objetos como esos, les decia Diego en nombre de Colon, corred á buscar oro, traedlo, y por él os daremos lo que deseais.

Apénas escuchaban esto, unos bajaban al rio y pasaban largas horas buscando en sus arenas cantidades considerables de oro en polvo; otros se alejaban más y más y traian pedazos del mismo metal.

Un anciano ofreció á Colon dos pepitas de oro vírgen que pesaban una onza.

Recibió un cascabel por cada una, y el infeliz experimentó una inmensa alegría.

—Mucho ha agradado al almirante tu regalo, dijo Diego al anciano indio, él admira la belleza de estas pepitas.

—Bien poco valen, contestó el anciano. En mi aduar, que

está á una media legua de camino, hay pedazos de oro grandes como guanabanas.

Todos aseguraban que en aquel territorio habia grandes cantidades de metal, y ante la seguridad de haber llegado á la realizacion de sus deseos, era grande el respeto y sumision que todos tenian y muy vivos deseos de llevar á cabo la arriesgada empresa que debia darles por resultado la posesion de los soñados tesoros.

—De aquí no debemos separarnos sin haber conseguido nuestro deseo, decian todos.

Miéntas se construia la fortaleza de Santo Tomás un caballero jóven de Madrid, adalid esforzado, pidió á Colon permiso para explorar el país con unos cuantos hombres, y lo obtuvo.

Ya estaba concluida la fortaleza y se aprestaba Colon á partir á la colonia cuando se presentó á su vista el caballero de Madrid, llamado Juan de Lujan, con un indio maniatado.

—Hé aquí nuestro mayor enemigo, dijo Lujan al almirante.

—Perdon, perdon, exclamó el indio en idioma castellano, cayendo á los piés de Colon.

—El es, dijo el paje que acompañaba á Colon.

—¡Silencio! exclamó el almirante. Levántate, miserable, añadió.

Y dispuso que uno de los oficiales le condujera á bordo de uno de los buques y quedara allí preso.

Aquel hombre, ya lo habrán comprendido nuestros lectores, era Alonso Velez, que habiendo renegado de su religion, de su patria, de sus costumbres, de todo, habia adoptado las costumbres y el ilusorio traje de los indios para librarse de las persecuciones de los españoles.

Desde aquel momento Colon vigiló á Isabel, que hubiera querido partir con los hombres que llevaban preso á su esposo.

—Quedaos á mi lado, yo os haré justicia, le dijo el almirante.

Y olvidando por un momento á aquel miserable, reunió á los capitanes para que en su presencia les diese Lujan cuenta de los descubrimientos que habia hecho en su viaje.

—No es un país, dijo muy satisfecho el caudillo, tan árido, tan triste como las apariencias hacen suponer. Entre los pliegues de las montañas hay prados pequeños, pero fértiles, y la tierra puede producir más de lo que á todos nos ha parecido.

En los valles hay ricos pastos, y son muy pintorescos los efectos de luz que producen las azuladas piedras que hay en los montes, piedras que á la distancia en que se las ve parecen venas.

Las especias que venimos buscando, ó mucho me equivoco, ó están en el Cibao, y he descubierto vides que trepando hasta las copas de los árboles, ostentan abundantes y maduros racimos.

En cuanto á los habitantes del país, recelosos todos, huian al acercarnos nosotros.

No son tan favorables como los indios de la vega, pero nos temen, y el prestigio unido á la fuerza podrán llegar á dominarlos.

El cacique ó rey de ese departamento tiene su morada á bastante distancia.

No me he acercado á él, pero he podido averiguar que hace grandes preparativos de guerra y que nos ha jurado odio á muerte.

Ya pensaba regresar con todas estas noticias cuando un suceso inesperado me proporcionó aprisionar á ese hombre, el cual tiene grandes conocimientos del país, y tal vez con la esperanza del perdon puede prestarnos grandes servicios.

Sin embargo, al encontrarle, su actitud era hostil. Acaudi-

llando á unos cuantos indios vino hácia nosotros alentándolos à que nos arrollaran, y él á su vez dispuesto á pelear conmigo.

Grandemente me extrañó que entre sus armas tuviera una pistola. Al llegar á cierta distancia apuntó con ella á mi pecho y disparó.

Afortunadamente pude librarme de la bala, y mandando á los míos que disparasen no tardaron en dispersar á todos los indios, que huyeron despavoridos, quedando algunos heridos en tierra.

El miserable quiso huir, pero mis soldados le rodearon y pudimos prenderle.

Yo no creía que fuese un compatriota nuestro.

Durante todo el camino no ha querido hablar una sola palabra; pero él, mejor que nadie, puede ampliar las noticias que me complazco en daros.

—Sí, yo le exploraré, dijo Colon, puede sernos muy útil ó muy perjudicial.

Pero Lujan no habia hablado todavía de los descubrimientos de riquezas que habia hecho, y todos le asediaban á preguntas.

—De que hay mucho oro en el país no tengo duda alguna, contestó; pero no ha de lograrse sin trabajo, porque saben los indios lo que vale.

Posteriormente habló á solas con Colon, y por ser muy adicto à él le confió que habia visitado los sitios en donde se hallaban los más ricos manantiales de agua que arrastraban más oro.

Terminada la fortaleza, dió Colon el mando de ella á Pedro Margarite y le dejó una guarnicion de cincuenta y seis hombres, con instrucciones para que poco á poco fuese captándose el aprecio de los indios del Cibao, á fin de averiguar por ellos cuantos pormenores necesitaba saber para realizar su propósito.

Necesitaba regresar á la Isabela para conferenciar con Alonso Velez y tomar sus disposiciones, abriendo un camino más corto entre la colonia y la fortaleza, y estudiando la manera de entrar en negociaciones, sin necesidad de recurrir á la guerra con el terrible cacique del Cibao.

Al llegar á las márgenes del rio Verde, halló á los españoles que habia mandado por provisiones.

Envió algunos á Pedro Margarite, y procuró que los que le acompañaban se acostumbraesen á los alimentos de los indios, no descuidando el trato con ellos, á fin de captarse más y más su buena voluntad.

El almirante deseaba á toda costa conversar con Alonso Velez, y regresó á la colonia para conseguir su deseo.

—No olvideis, dijo á Isabel, que he prometido ampararos. Yo exploraré su corazón, yo veré si aún es digno de perdon. Prometedme acatar en todo mi voluntad.

Isabel estaba desarmada.

A pesar de su odio, habia descubierto un átomo de piedad en su alma hácia el infame que la habia engañado.

Poseída de una viva ansiedad aguardó el resultado de la entrevista de Colon con el que habia sido causa de todas las desventuras de los españoles en la isla de Haití.

Para saber todo lo que habia pasado á Alonso Velez, asistamos á la conversacion que tuvo con el almirante la misma noche de su llegada à la colonia.